

ALANA TIENE UN SECRETO

ALANA TIENE UN SECRETO

Manuel Arduino Pavón

Primera edición, 2014

© Manuel Arduino Pavón, 2014

© Triskel Ediciones, 2014

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

ISBN: 978-84-941453-6-0



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB
41009, Sevilla, España
Triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Diseño portada: José Antonio García Domínguez

EDITADO EN ESPAÑA
PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ALANA

Alana está muerta. Se da cuenta de que está muerta porque cada vez que se pone los zapatos de tacones altos le aprietan y nunca antes en su vida le apretaron esos zapatos.

Se da cuenta que algo anómalo y por completo desagradable le está ocurriendo porque las palomas que visitaban el balcón de su piso junto al gran parque, ahora pasan de largo y se detienen junto a la fuente seca y llena de hojarasca, a la entrada del edificio, junto a las puertas de rejas.

Nunca fue una mujer demasiado perspicaz. A lo sumo cayó en la cuenta de que era una mujer cuando los senos asomaron por debajo de su blusa y los muchachos la llamaron por el nombre que se les da a las perras. Por lo demás, Alana se esconde en su soledad de hibernación permanente, en su piso amplio y antiguo junto al gran parque, desde donde contempla la inmensidad del follaje otoñal con un poco de melancolía. Ahora se da cuenta de que esa melancolía perpetua, crónica, es un signo inequívoco de que está muerta, definitivamente muerta.

Alguna vez al pasar frente al gran espejo de la sala mayor alcanzó a percibir un rubor, un curioso y delator rubor en el cristal, como si el cristal no se animara a contarle toda la verdad y se escondiera, escondiera sus sentimientos de complicidad debajo de unas mejillas rosáceas por demás.

Cada vez que se empapa con el perfume francés producido mediante una mágica aleación que incluye orina de grandes gatos, percibe un curioso aroma a peperina, a peperina cruzada con almizcle. Y si bien no le preocupa todavía este fenómeno ciertamente secundario dentro del campo de sus intereses fundamentales, tarde o temprano habrá de exigirle al importador de fragancias europeas una explicación razonable para este efecto mutante en el producto por el que pagó una alta suma de dinero. No es que se aprecie un olor a corrupción, algo nauseabundo tal como suele ocurrir en el resto de los casos de fallecimiento, lo que ocurre sencillamente es que Alana está muerta

de un modo transversal, no de un modo manido y mecánico, está muerta con un estilo y un desparpajo rayanos en la humorada, en la jocundia, en una forma de burla hacia la naturaleza y sus tiempos macabros

Alana está muerta, efectivamente está muerta, pero todavía es una presencia irreprochable que reina con gloria sobre su departamento lujoso junto a la entrada del gran parque. Es una dama refinada, una muerta absolutamente refinada y glamurosa, una reina de la oscura noche de los últimos suspiros por la que todavía suspiran los marqueses y las marquesas sádicas y los habituales invitados a sus tertulias cultas y elegantes. Una muerta no deja de ser por ello una buena compañía para los sibaritas que constituyen su séquito de casi todos los días, porque Alana está muerta pero es lo suficientemente lista para no rebelarlo a nadie, a nadie. Y en ello no le va la vida, le va algo todavía más importante, mucho más, le va el amor propio. El amor propio de una muerta tenaz es mucho más poderoso que el amor a la vida, que lo sepan y lo anoten las futuras generaciones de mujeres de sociedad.

Alana es púdica en extremo, cuida cada detalle de su vestuario, aunque ya no sale a hacer las compras a las grandes tiendas en el centro de la ciudad. Sencillamente está muerta. Vive refugiada en ese edificio, de donde no se mueve; la servidumbre se mueve por ella, son sus tentáculos, sus prolongaciones ortopédicas, su avance en el mundo, son sus manos y sus piernas detrás de la escena.

No llama a las personas que conforman el servicio por sus nombres propios; tiene la manía de hacerlo por medio de seudónimos extraídos de novelones almibarados del pasado. Flandria, la ama de llaves es quien concentra la mayor cuota de poder, la áspera Flandria sospecha que algo ocurre, algo no absolutamente normal, pero es un ama de llave circunspecta y

precisa, hasta para callar y guardarse bajo llave las cosas que sabe muy bien, pertenecen al fuero de la propietaria del apartamento.

Flandria vive en una de las dos habitaciones reservadas para la servidumbre, habitaciones que resultaron de la división de un solo espacio y que no cuentan con una dimensión muy amplia. Comparte esta habitación con la vieja cocinera, Eneida, experimentada viajera por las ollas de buena parte del mundo, que terminó por recalar al servicio de Alana debido a la recomendación de la misma Flandria, quien puso su cargo en garantía para que viniera a vivir con ellas. Tal parece que durante mucho tiempo ambas trabajaron para un oficial de la armada muy rico, lleno de hábitos cortesanos, y muy obsesivo con el orden y la limpieza. Eneida hacía de cocinera y de probadora de los manjares y de esa forma fue como adquirió el volumen y el peso que todavía hoy ostenta. No se lamenta de haber perdido todo el encanto de la juventud, en sus correrías nocherniegas se sacó la curiosidad por conocer del mundo todo lo que es necesario conocer para no pasar por esta vida en la mayor de las ignorancias.

Eneida siente algo en la boca del estómago cada vez que se cruza con el ama, pero no se lo comenta ni siquiera a su mejor amiga, el ama de llaves. Ella fue entrenada en el rigor de morderse la lengua y pasar por alto todo aquello que tiene que ver con los dueños de la casa y con sus vidas. Flandria y Eneida se fueron poniendo canosas, y sus aspectos denuncian que también a ellas la vida les está cobrando un alto precio, que algo les pasó a lo largo de su victimizada existencia aunque ahora forman un tándem espléndido, un dúo propio de un estentóreo drama lírico. Quizás Eneida, por su tamaño, es la más indicada para obtener el papel principal en una comedia galante, en una ópera italiana como las que antes se representaban en el teatro de ese barrio, que no está muy lejos del edificio donde pasan sus horas. Pero en ese apartamento junto al gran parque sólo se puede representar una gigantesca escena

funambulesca, una comedia de equívocos, un melodrama vicario, una opereta ebria.

Al otro lado del edificio viven dos flacas golondrinas que siempre amagan con sólo estar de paso pero que hace ya más de siete años figuran entre las estampas ancladas en el ancho apartamento. Nuria y Fénix, aunque todavía conservan los bríos de la edad de los goces parece que se hubieran ido apagando, magreando, quizá por la indeleble impregnación de la atmósfera de una muerta. Quizás porque carecen de aspiraciones superiores y la seguridad de esa residencia blindada les trasmite mucho más que cien mil burbujas de champaña.

Hacen la limpieza, las compras, atienden a los servicios de refacción de cualquiera de los artefactos o de la estructura del apartamento.

Alana no hace nada de eso, literalmente no hace nada, no, en absoluto. Si contrató a cuatro mujeres para respaldarla lo hizo para liberarse totalmente de los deberes de la vida en el mundo. Si bien es una muerta que camina y que hace sus necesidades y se da sus caprichos, no por ello tiene en la cabeza idea alguna de avenirse a cambiar este estado de situación. Por lo demás el confort de no tener que hacer nada es algo realmente único, algo tan imponente y deslumbrador que acaso sólo las muertas puedan apreciar y valorar en toda su procaz magnitud.

Alana recibe en su residencia de seis de la tarde a once de la tarde y lo hace religiosamente, todos los días. Pero ahora el reloj no cubrió su carrera zaguera y aún no señaló las cuatro. Es el momento de ir al piano, de abrir la tapa y de pasar las yemas de los dedos por las teclas. Seguramente Andrés ejecutará para ella alguna serenata romántica y aterciopelada, al paladar de una mujer que consumió mucho mundo y que ahora ni siquiera late al compás de los glamurosos zapatitos de coral.

Flandria la mira tocar las teclas del piano con delicadeza y contempla las uñas de las suyas. Han adquirido un alarmante tono morado y aunque la mancha mitral no progresa, la vieja ama de llaves sospecha que algo está ocurriendo con sus manos y con su cuerpo. Eneida le comentó exactamente lo mismo el otro día, sólo que Eneida emplea las manos todo el tiempo en la cocina y acaso los productos de limpieza que emplea también todos los días la estén afectando. Ninguna de las dos piensa ya en ver al médico, no tiene sentido. Ambas saben que las cosas son como son y que no hay que dar por la piel de lobo más de lo que vale.

Nuria y Fénix se las tienen que ver con sus pechos de mariposas, con pechos que se achican día a día, que se alejan del mundo, de la vida. Pero tampoco tienen la energía necesaria para intentar cualquier movimiento en este concierto profundamente apagado y oscuro de la residencia de Alana.

Alana conserva sus manos blancas como la nieve y la forma en que las mueve parece sugerir que ha alcanzado un dominio excelso sobre los movimientos, una destreza casi angélica, inusitada, de este mundo en el otro mundo. Andrés venera esas manos, las pone de ejemplo maravilloso; él y su quiromancia hablan maravillas de la dueña de la casa, pero solo del pasado, del carácter. Andrés nunca hace pronósticos. Quizás sepa algo y lo calle. Como todos, como los otros, como todo el mundo lejos de las reglas del otro mundo.

Alana tiene un secreto. Un secreto que podría ser más que importante, un secreto que preserva cuidadosamente y que vigila todas las veladas de seis a once y que no está interesada en ventilar. No tiene objeto ventilar secretos tan significativos y hasta cierto punto tan graves. No hay que malgastar una velada en secretos como esos, se trata de acompañar la llegada y el triunfo de la oscuridad en una gala amable, entre piano y tragos delicados, bajo el amparo de la más rancia cultura. No hay nada más estimulante para el archipiélago de

amigos del alma que se conciertan todas las tardes en ese gran apartamento del edificio en que todos los que verdaderamente importan viven, todos, junto al gran parque, a las frondas otoñales que parecen desplazarse lentamente cada vez más hacia lo alto, hacia el horizonte, aunque de ese detalle sólo se haga cargo Alana. Alana que es una consumada maestra en el arte de descubrir y guardar secretos, secretos de otoño, secretos finales, intensos secretos de naves fantasmas extraviadas en el anchuroso mar de la inestabilidad, en el mar, en el pozo gigante y neblinoso que tal parece todavía ondear mucho más allá.